

Aceite de ricino

ANTONI PUIGVERD

LA VANGUARDIA, 13.11.09

El tiempo de la justicia, lento por naturaleza, está dejando grandes espacios muertos en la narrativa periodística de la corrupción. Y los estamos rellenando con cursos intensivos de derecho. Las promesas de una reforma de la ley electoral y las disquisiciones sobre listas abiertas y sobre el sistema mixto alemán sustituyen estos días el vacío informativo: nada sabemos de las verdaderas intenciones del juez Garzón ni de las morosas investigaciones del juez Solaz. De repente, tertulianos y analistas catalanes - sean cuales sean sus lecturas y estudios-se ven capacitados para dar lecciones de derecho comparado. Y los líderes de los partidos anuncian su intención de operar a corazón abierto un sistema electoral que ha pasado treinta años en el limbo.

¿De dónde ha salido el pintoresco tópico que identifica la actual fatiga democrática con el sistema de participación? Contamos con un ejemplo palmario de la falta de fundamento de este tópico: el referéndum del Estatut. ¿Acaso no era una forma directa y clara de participación? ¿Acaso no se expresaron claramente los que afirmaban que el nuevo Estatut era un paso adelante y los que sostenían que era una tomadura de pelo? ¿Acaso los que no cesan de condenar la obsesión catalanera de la mayoría de partidos catalanes no podían aprovechar la ocasión para participar a fondo y mandar, sin necesidad de Tribunal Constitucional, el Estatut al infierno? ¿Por qué razón entonces tantos catalanes decidieron no participar y abstenerse? ¿Dónde está escrito que el desapego de la ciudadanía hacia la política se curará con listas abiertas o con papeletas

más complicadas? En Italia han cambiado varias veces de sistema, tienen listas abiertas y cerradas, polos y partidos, corrientes internas e hiperliderazgos. La política italiana cambia mucho desde los noventa (escándalo de las tagentopoli y exigencia de mani pulite), pero es siempre parecida a sí misma; y la corrupción permanece.

El ejemplo italiano demuestra que urgencias y calenturas no son buenas consejeras. Es comprensible que Benach, Montilla y Mas, viendo las orejas del lobo de la desafección, quieran buscar un rápido cambio de rasante, una apresurada cirugía electoral. Pero sería más sensato dejar que el tiempo, ese gran escultor, culmine este momento grave. Si la política catalana ha tocado fondo no es por una abstracta cuestión de técnica electoral. El desapego por la corrupción es un síntoma de un mal más profundo. No basta con cambiar el sistema de reparto para recuperar el afecto de la ciudadanía. Importan más las actitudes. Empezando por la austeridad: mientras la crisis obliga a recortar a todos ciudadanos, los políticos y la administración siguen con sus usos, como si tal cosa. No se generan nuevas dinámicas en un día. Parece inevitable que esta etapa culmine con una gran dosis de aceite de ricino político, con una sonora abstención.